

CUATRO LETRAS - edición final

Matias Sanchez



Image not found.

Capítulo 1

Hice click en el botón "Añadir a mis Amigos", de aquella red social y nada volvió a ser como antes.

Los días pasaron y el intercambio aún no había comenzado. Por lo visto, los horarios no coincidían. Las conexiones eran erráticas, cínicas. El destino aún nos esquivaba.

Una noche sin número, sin tiempo, perdida en el espacio. Aquella suerte escurridiza pudo ser corrompida y un "hola"; en sistema binario, cruzó las constelaciones virtuales hasta su pantalla.

Llegar desde: "no sé quién sos" a "nos escribimos mañana", fue mérito de una honestidad brutal sin tapujos. La primer batalla victoriosa en internet había tomado lugar en nuestros computadores. La eterna guerra de los sexos, ahora se llevaba a cabo en otra dimensión.

La charla duró menos de una hora, pero lo suficiente como para que los corazones fueran conmovidos en ese primer centímetro necesario, que haría toda la diferencia para el resto del viaje que acabábamos de emprender.

Las conversaciones empezaron cortas y sencillas. Ideas nuevas, diferencias negociables, gustos y costumbres. Todo era basado en la delicadeza del desconocimiento, en el respeto por las pequeñas metas alcanzadas.

-Hola.

-Hola, ¿Cómo estás? ¿Todo bien?

-Sí, todo bien y ¿Vos?

-Bárbaro por suerte. ¿Qué tal estuvo tu día?

-Bien, tranquilo. ¿El tuyo?

-Largo, estoy exhausto.

-Contame algo más de vos, ¿Qué hiciste hoy mas allá de trabajar?

El tiempo mantenía su ritmo histórico e inalterable. Las condiciones de la mensajería electrónica se hicieron impersonales, frías, distantes. El ambiente aleatorio de la red se quitó esa máscara diseñada por

imperfectos humanos sin relaciones íntimas y la impunidad de la ignorancia, elevó la apuesta. Las nuevas jugadas eran a todo o nada.

Preguntas incómodas y aclaraciones incorrectas, marcaban el lenguaje. Fotos inocentes con imágenes de infancia, algún cumpleaños, juntadas con amigos y viajes fugaces, llenaron alegremente todas las visuales.

Las palabras ahora tenían un rostro inexpugnable. Una mirada merecida por otros, era sentida como propia. La sonrisa al vacío tenía destinatario y llenaba el corazón de aquel interlocutor lejano. El cariño fue creciendo suavemente a medida que las letras dulces nacían de esos píxeles oscuros en el monitor. El respeto se consolidó mutando en una incipiente amistad.

Cadencia moderna y virtual en un mar de locura informal.

-Hola cosita.

-Hola bonito.

-Te extrañé hoy

-Yo te extrañé mucho más.

-Muero por conocerte, ¿Cuándo nos juntamos cara a cara?. Necesito mirarte a los ojos.

-Pronto, lo prometo. Aún no es el momento.

Los compromisos de uno y otro, complicaban el panorama. Ambos lo queríamos todo pero no estábamos dispuestos a ceder nada. Sin embargo, sin darnos cuenta, la confianza fue creciendo directamente proporcional con el número de textos intercambiados.

Las confidencias recorrieron senderos escabrosos y surcaron las profundidades de aquellos océanos llenos con ideas oscuras y contradictorias. El tren fantasma corría sobre rieles oxidados, que rechinaban como panales de abejas enfurecidas. Un viaje grotesco, violento. Un paseo maldito que encaramos juntos, con ambas manos sobre el teclado y cuidándonos en cada centímetro avanzado. Un cariño inusitado para lo efímero de todo aquello compartido. El amor había nacido, aunque tímido, indefenso y frágil como la conexión a internet que lo había concebido.

-Hola cosita, ¿Qué hacías?

-Hola. Acá ando. Hoy no me siento bien.

-¿Qué te pasa mi vida? ¿Cómo puedo ayudarte?

-Nada, no te preocupes. Estoy un poco triste, nada más.

-De verdad cosita. Contame, si quieres o si podes. Y sino al menos necesito que sepas que podes contar conmigo para lo que sea, cuando sea.

-Lo sé bonito. En realidad, nunca te conté. Yo hace un tiempo...

-No te preocupes mi vida, te entiendo... Quiero que sepas que te quiero y estoy siempre para vos.

-Lo sé mi cielo. Yo también te quiero.

La tensión sexual fue el paso lógico a donde nos llevo este delirio, comenzando a reinar nuestra relación en las llamadas telefónicas, las horas de chat y los mensajes por celular.

El primer encuentro dilatado fue muy incómodo y hasta vergonzoso. Las miradas no querían cruzarse, mientras las lenguas se escondían en las bocas. El auto, un parque, una calle y un farol eran el público enardecido, que vitoreaban los avances peligrosos de aquella primera contienda.

Los cuerpos se fueron distendiendo, cuando las almas comenzaron a jugar. Palabra por palabra las frases fueron tomando forma y sin darse cuenta, se trasformaron en una gran conversación cara a cara. Las miradas ya cansadas de tanto saltar, decidieron abandonar la gresca. Dejaron de divagar. Aquellos ojos rebeldes, por fin podían descansar sobre el tierno colchón que forma el arco rodeado de pestañas y piel rosada.

Las manos se rozaron varias veces sin intención. La piel de uno comenzó a desear la piel del otro. La atracción se convirtió en un monstruo incontrolable. Una lucha innecesaria y completamente inútil. Finalmente, aquel día los astros lograron alinearse, fundiendo los dos corazones en un beso tan apasionado, que nunca podría borrarse de sus mentes.

-Buen día cosita.

-Hola bonito. Buen día.

-¿Cómo dormiste anoche?

-Bárbaro, ¿Y vos?

-Muy bien, sobre todo después de tus besos.

-Hermosos realmente, pero tengo miedo.

-Mi vida... ¿Miedo a qué?

La sangre caliente recorría los cuerpos, controlando las lenguas. Las fotos dejaron de ser casuales e inocentes, pasando a ser elaboradas y explícitas. Horas de producciones fatídicas, donde la cámara era testigo del libertinaje desenfrenado, que ejecutaba cualquier decencia instaurada por los antiguos progenitores. La soledad de un espacio privado se convirtió en un recinto amatorio de fantasías virtuales. Idas y vueltas. Enviar y recibir. Bajar y subir.

Las conversaciones normales eran rutina de todos los días. Los mensajes iban y venían cada diez minutos. Nos hacíamos compañía continuamente, tornándonos tanto el oasis, como en el soporte vital de cada uno.

Siempre, en algún punto de la jornada; sobre todo cuando la oscuridad camuflaba nuestros pensamientos pecaminosos, el lenguaje cambiaba por completo y las estrellas del erotismo salían a escena. Frases cargadas de insinuaciones e implicaciones sexuales jugueteaban con todas las pasiones bajas. Era tan intensa la necesidad sexual, que muchas veces alguno de nosotros salía momentáneamente ofendido.

Cuanta intensidad, cuanta lujuria contenida. La tenacidad de los ambientes generados dentro de aquellas imaginaciones compartidas y la persistencia en el trabajo sutil de la inteligencia seductora, abrieron las puertas hacia lo inevitable.

-No sabes cuánto te deseo, me volvés loco.

-Yo tampoco puedo más, las fotos me calientan, tu voz me derrite.

-Yo se que te molesta, pero lo tengo que decir. Nos encontremos. Si después de besarnos y mimarnos un poco, no querés ir a un motel. Prometo no joderte más. Amor mío, dejémonos llevar por lo que sentimos y nos pasa.

-No sé, lo voy a pensar. No te prometo nada.

-¿Te veo el sábado entonces?

-El sábado a las ocho de la noche esperame donde siempre.

El momento de placer fue increíble, único. Sin dejar de ser respetuoso, se volvió alocado como jamás habíamos experimentado. Nos entregábamos por completo el uno al otro. Entre olas de sabanas y duchas calientes, probamos con todo lo que se nos venía a la mente. Juguetes, vinos, comestibles y disfraces iban a parar a nuestra piel, con cuanto delirio sexual estuviéramos deseando. Eran dos horas de perfección tan infernal, que hasta en el cielo nos envidiaban.

Con la llegada del sexo, el problema devino en el después del éxtasis. Los tiempos desconectados se hicieron cada vez más comunes. La vergüenza del desasosiego, el deseo consumido y la realidad que golpeaba repetidamente nuestros rostros, alteraba irremediabilmente la cercanía emocional. Sin importar cuánto ansiáramos ser una pareja, la imponente sexualidad siempre confirmaba nuestra condición de amantes ocasionales.

Nunca supe si era una cuestión de valores doblándose transitoriamente para liberar toda esa energía reprimida o si el orgullo estaba herido por la verdad de la que éramos esclavos. Una y otra vez nos amábamos. Una y otra vez nos odiábamos. Anhelos, rechazo y volver a extrañarnos.

-Hola cosita, buen día. ¿Cómo estás? ¿Cómo dormiste anoche?

-Hola mi vida.

-¿Estás bien? cuanta elocuencia, jajaja

-No, estoy mal. No puedo hacer esto. Me siento muy mal conmigo misma. Perdoname, no puedo. No es por vos, no sos vos. Necesito tiempo.

-Ok amor, pero tranquila, vemos como resolverlo.

-No puedo perdoname. No me escribas, no me llames, no quiero verte. Te quiero. No, peor. Te amo.

BLOCK - Bloqueado en todos los accesos virtuales.

Las horas se convirtieron en días y los días mutaron a meses. El tiempo avanzaba sin piedad apagando el fuego lentamente. El recuerdo era lejano cuando un micro centello de la luz led, anunció la llegada de un mensaje añorado.

Tan solo cuatro letras y una de ellas muda. Tan solo la palabra aceptada internacionalmente, como el saludo respetuoso entre dos personas que no se han visto por un tiempo y los sentimientos reaparecieron como desesperados zombis hambrientos..

-Hola.

-Hola, tanto tiempo. ¿Cómo estás?

-Bien y vos.

-Todo bien, gracias. ¿Estás mejor? ¿Qué te pasó la última vez?

-Es complicado. No estaba bien y sentí que las cosas se me iban de las manos. Temí estar enamorándome de vos.

-Te entiendo. ¿Porqué no lo hablaste conmigo? Hubiésemos buscado la solución.

-Lo sé. Se me fue de las manos la situación. Perdón.

La relación volvió a su curso normal. Palabras dulces, párrafos tiernos, compañía sincera y lejana. ¿Amor? Podría decirse que sí. ¿Bizarro? sin ninguna duda. ¿Peligroso? a cada minuto un poco más.

El sexo era súper intenso como lo recordaba, aunque tan esporádico, que las explosiones de deseos contenidos ponían en riesgo nuestra salud física y mental. Experimentos, analogías, representaciones. Probamos todo lo humanamente posible de a dos.

Ahora sí estaba todo fuera de control. El amor era irrevocable. La confianza creció para ser adictiva, mientras la pasión nos consumía alimentándose de la obligatoria compañía virtual entre dos almas rotas.

El miedo en las decisiones dilatadas, nos paralizó en paralelo al forzar juntadas en parques, cafés y bares públicos, para intentar charlar sin terminar enroscados en besos. Palabras que contradecían la intensidad de los corazones, intentando encausar aquel río desbordado.

Era tarde. Era imparable. Huir... Amar o reventar.

-No puedo más. Te amo. No puedo más.

-Te amo. No puedo más. Te amo.

Una batalla de almas por un territorio ajeno, lejano, siempre poseído por terceros. Una guerra siempre perdida que en otro contexto jamás hubiese existido. La vida nos guió equivocadamente y ambos disfrutamos dejándonos llevar por el pecado. Sin quejas. Sin arrepentirnos. Sin olvidar.

Sigue tu camino que yo sigo el mío. Es inevitable, siempre lo fue.

Jamás de mi corazón te voy a borrar.

La pantalla se encendió. El ícono dibuja la recepción. Abrir. Leer.

Una palabra, cinco letras y un acento. Una preposición y la divinidad. El fin o el comienzo. Fin.

-Adiós.

-Adiós.

BLOCK. "Eliminar de la lista de amigos".